

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS,10
ZARAGOZA

ANT
XIX
501

PASIONARIAS

18 cms

R.67348



JOSÉ ALMENDROS CAMPS

PASIONARIAS

— DISEÑOS —

PRÓLOGO DE
DÓN EUSEBIO BLASCO

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.
1900

Imprenta de Antonio Marzo, calle de las Pozas, 12.

PRÓLOGO

Basta la presencia del poeta autor de los versos que contiene este tomo, para convencer á quien por primera vez le vea de que está enfrente de un soñador, de una naturaleza tierna y delicada. Andaluz y poeta, casi puede decirse que todo es uno, porque todos los hijos de aquella tierra baja hacen versos: el pueblo, la clase media, la aristocracia. Ruedan por España miles de cantares que nadie sabe quién los hizo, porque en Andalucía nacieron. La noble-

za cordobesa ó sevillana compone libros de versos.

Pero no consiste todo en hacer versos; lo importante es hacer poesía. Versificadores hay muchos, muchísimos, en España. Los poetas son raros. Almendros es poeta. Ya lo probó en sus *Nostálgicas*, y lo confirma ahora en estas *Pasionarias*, que no tengo para qué recomendar, porque no lo necesitan. El lector culto, el que abre un libro, de buena fe, sin apasionamiento preconcebido ni animosidad personal, á las pocas páginas sabe ya á qué atenerse. La influencia del estilo es indudable. Ya lo dijo La Bruyère hace dos siglos: «Ideas sin estilo, espadas sin punta».

«Alma dulce y serena, adormecida
tras los destellos de unos ojos claros,

que á veces, como vueltos á otros cielos,
mirando sin mirar, lloran sin llanto.
Espíritu celeste que me guías
no sé á dónde por cima de lo humano,
tú que en torno de mí flotando vienes
luz de esperanza á mis pupilas dando,
tú que de lejos dulce me sonríes,
ven, yo te llamo...»

Bastóme leer esto para recordar al poeta de las *Nostálgicas*, y en otros cien versos que pudiera citar encontraría el curioso, aperitivo para la sabrosa lectura que ha de encontrar después de estas líneas. Pero tengo la convicción de que no deben darse *muestras* en un prólogo, como no debiera nunca contarse en los periódicos el argumento de una obra dramática.

Ni tampoco seguiré la costumbre de escribir un prólogo sin más objeto que hacer mil elogios del autor. Soy de un pueblo en el que la adula-

ción y la lisonja nos parecen delitos: aprobamos ó desaprobamos con una palabra, *á secas*. ¿Qué falta le hacen á un poeta de los vuelos de este, excelente *cuentista en verso*, los elogios míos? Podrá haber deseado que un hombre como yo, encanecido en las letras, ponga mi nombre al frente de sus encantadoras poesías (que á mí así me lo han parecido desde que empezó á escribir para el público); pero á fe que si fueran malas, ni yo ni nadie podríamos engañar al público, porque á la opinión, á esa que siente y no razona, no la ha engañado nadie todavía.

Hay, además, en las poesías de Almendros una tendencia de más importancia y digna de mayor atención. No hace versos únicamente por hacerlos, sino para que den vida á una idea de aplicación fructuosa, y más permanente que

el ritmo ó la rima. El objeto de la poesía no ha de ser sólo *hacer versos*, sino contribuir con ese medio de expresión, el más poderoso y duradero, cuando lleva el sello del verdadero arte, á la marcha social en mayor ó menor medida. De acuerdo con ello, para este poeta la forma no es el fin, sino el medio, y basta leerle para comprender que lo utiliza dominando sus dificultades y aprovechando todas sus ventajas.

No menos plausible es la intención de hacer llegar las emociones del arte á todos los espíritus, mucho ó poco educados ó dispuestos para ellas, poniéndolas al alcance de los menos acostumbrados á recibirlas, á la vez que son dignas de los más cultos. Esa gran suma de entendimientos, que debería constituir el espíritu nacional, está por lo general olvidada.

Bueno es de vez en cuando ir acordándose de ella.

Que puede recompensa hallar el alma
en llegar hasta otra; y que, escuchado
pudiendo ser en las radiantes cimas,
pensarse puede en los humildes llanos.

¡Cuántas en ellos, olvidadas siempre,
no oyen nunca un acento como Lázaro,
que á sentir las anime, y en sus senos
la emoción bienhechora despertando,
les dé un punto, alumbrando su camino,
luz, fe, descanso...

Escribir para todos: esta debe ser la misión del que escribe. Y si un libro así no mereciera el éxito por muchas otras razones, lo merecería, cuando menos, por éstas.

En resumen: que este tomo de versos poéticos ó de poesías muy bien versificadas, sale de lo vulgar, y vale la pena de que se lea y se re-

cuerde. El poeta Almendros, hombre modesto y poeta esencialmente sentimental, hará honradamente su camino sin necesidad de aplausos previos ni elogios preventivos. Es un verdadero poeta, y, como todos escribimos, sin saberlo ni pensarlo, no para hoy, sino para mañana, cuando ni él ni yo existamos y hayamos vuelto á la tierra de donde venimos, tengo la pretensión de que otra generación, ó por avanzada ó por decadente, leerá con gusto estas composiciones, que revelan todas un alma apasionada y sincera.

Eusebio Blasco.

CONFIDENCIA

CONFIDENCIA

Alma dulce y serena, adormecida
tras los destellos de unos ojos claros,
que á veces, como vueltos á otros cielos,
mirando sin mirar, lloran sin llanto.

Espíritu celeste que me guías
no sé á dónde por cima de lo humano,
tú que en torno de mí flotando vienes
luz de esperanza á mis pupilas dando,
tú que de lejos dulce me sonrías,

ven, yo te llamo...

Óyeme, quiero que riente escuches
de amor ó de pesar oscuros cantos.
Antes los hice de dolor... Del hombre
al pensamiento hablé; tal vez en vano
también al corazón. La vida triste
la descansada muerte los dictaron.
Y si alguien los oyó, bien pronto fueron
ecos lejanos.

—

Sentir hoy quiero para ti. Las heces
de la vida, reposen en el vaso
de cada corazón. Breves historias
den al que animas sentimientos plácidos,
y acaso en premio una sonrisa lleven
serena ó triste, á suspirantes labios.
Son para ti... Tal vez para esos otros
espíritus errantes, tus hermanos,
sujetos á la tierra y otros cielos
cual tú, soñando.

—

Aun que tú para mí todo lo seas,
creer déjame que existen; que en el ámbito
del planeta, no es todo el hormigueo
con que en el fruto oscilan los gusanos.
Creer déjame que existen, y que piense
que de historias fugaces el relato,
darles pueda en ocultos corazones,
íntimo encanto...

Que puede recompensa hallar el alma
en llegar hasta otra, y que, escuchado
pudiendo ser en las radiantés cimas,
pensarse puede en los humildes llanos.

¡Cuántas en ellos, olvidadas siempre
no oyen nunca un acento, como Lázaro,
que á sentir las anime, y en sus senos
la emoción bienhechora despertando,
les dé un punto, alumbrando su camino,
luz, fe, descanso...

Tú lo ves. 'Todo es esto. De la gloria
el lauro estéril, en sustentos vano
para el rudo vivir, sólo atraer puede
como luz que en la noche fulgurando,
seres del viento, con sus alas propias,
lleva á morir... Extenuador cansancio
hoy sin meta ni ayuda... En la jornada
un espejismo más distante y falso
que alienta en cuanto engaña, y aire siempre,
cesa al tocarlo...

—
Busquen otros que en horas de silencio
el póstumo ruido de un aplauso
baje á una tumba, á conmover apenas
el óseo polvo del dormido cráneo;
que el remover de huesos, como premio
turbe su paz en horas de descanso,
ó, sin propia emoción, rígida efigie
de obscuro bronce ó pasajero mármol
fría reciba del orgullo ajeno
lúgubres lauros...

—

Tú mejor me comprendes, tú, que vives,
que ves dentro de mí. De antiguos cantos
copiar quisiera el olvidado acento,
como canta el que halló camino largo.
Por el afán de embellecer la vida,
de distraer la muerte: recordando
dichas lejanas, alejados tiempos,
sueños pasados.

Por amar, por creer; la honda tristeza
de un presente sin luces engañando,
para morir sin lucha. Como el reo
sin culpa ni esperanza condenado,
cantar pudiera en la postrera noche
de su capilla lóbrega, evocando
días felices, halagüeñas horas,
bienes lejanos...

Por agrandar y ennoblecer la vida
en nuevos horizontes no cerrados,
viendo entre brumas de ideal en ellos,
en fondos de consuelo ó de entusiasmo,
del alto amor, de la piedad serena,
del dulce hogar, del heroísmo patrio,
de dicha universal y de esperanza,
vívidos cuadros...

—

Los hechos viendo que grandiosos llenan
de la leyenda y de la Historia el campo;
ansiendo revivir del alma patria
la grandeza sin par. Siguiendo en tanto
un fulgor de imposible en lo futuro,
para entrar en la muerte en luz soñando.
No cual ave nocturna entre la sombra,
como en el lago azul el cisne blanco,
sobre blancas y efímeras espumas,
muere cantando...

—

Inútil desear. Es la poesía
de cada edad la voz. Empeño vano
hacer oír al que escuchar no quiere,
un ideal del polvo levantando.
Pasó el poeta ó moribundo canta...
Sólo vibra la lira de los bardos
según el Tiempo en las templadas cuerdas
posa la mano...

—

Dejémosle pasar... Ven! En las horas
llenas de duda ó de nostalgia, cuando
inflama el lento sol los horizontes
en el beso estival, ó, desolado,
el soplo agonizante del invierno
los aires hiela y bajo el cielo opaco
golpea el aguacero en los hogares,
en su inmenso llorar sobre los campos,
fugaz historia el pensamiento lleve
á otros espacios.

—

Alma dulce y lejana, adormecida
en el destello de unos ojos plácidos...
Oye. Sencillas como tú son ellas,
y cual las aves por el cielo vago,
distrayendo los ojos un momento,
acaso pasarán sin dejar rastro...
Corazones buscando van por nido,
y si deben morir sin encontrarlo,
mientras vagan perdidas, tú á lo menos
oye su canto...

LA CITA

LA CITA

— CAMPESINA —

I

La chica del colono
de Fuen-segura,
tenía una presencia
que daba gozo;
el muchacho del guarda
de Nava-honda,
era lo que se dice
todo un buen mozo.

Más de cuatro galanes
de aquella tierra,
llevaron calabazas
de Mariquilla,
y alguno que otro golpe
de Pascualillo,
que andaba tras romperles
una costilla.

—

Decían los curiosos
que, al encontrarse,
él, se ponía serio,
y ella, encarnada;
y aunque así sucediera,
también decían
que nunca el uno al otro
se dijo nada.

—

Mas, al fin, una tarde,
ya anocheciendo,
en la linde del coto
de Nava-honda,
se vieron él y ella
sin más testigo
que el sol al esconderse
tras de la fronda.

—

Pero Blas, un muchacho
pastor de ovejas,
—que era el mismo demonio
por lo travieso—,
contó á cierta pesona
que, así... de paso,
creyó que entre las jaras
sonaba un beso.

II

Al sacar Pascualillo
la bola negra,
se le cayó una lágrima
¡una tan sola!...
mas luego aseguraron
los que lo vieron,
que era... casi tan grande
como la bola.

—

Al saber Mariquilla
la desventura,
se quedó sin aliento,
¡como de cera!
y no obstante afirmaron
muchos testigos,
que no vertió una lágrima
¡ni una siquiera!

—

Pascualillo la tarde
de la partida,
con permiso del cabo
y orden expresa,
se apartó del camino
de los reclutas,
para alcanzarlos luego
campo-traviesa.

—

Y en la linde del coto
de Nava-honda,
entre los verdes senos
de la espesura,
se hallaron sin testigos,
Pascual el guarda,
y la gentil doncella
de Fuen-segura.

—
Nadie palabra supo
de lo que hablaron;
pero Blas, que venía
por un otero,
escuchó entre las jaras
algún suspiro,
y decir sollozando:
—Vuelve... ¡te espero!

III

Desde la tarde aquella
de la partida
al transcurrir un año
próximamente,
el mozo más apuesto
de la comarca,
se prendó de la chica
como un demente.

Tenía algún terruño
y algún ahorro,
y buen nombre diez leguas
á la redonda,
y propuso á la niña
de Fuen-segura,
que olvidara al muchacho
de Nava-honda.

—

Mas no obstante sus frases
y sus promesas,
probó de Mariquilla
las calabazas,
y no probó los puños
de Pascualillo,
porque andaba muy lejos,
según las trazas.

—

—Pero ¿en qué piensas, hija?

—dijo la madre—

¡rechazar un cariño

tan verdadero!

Y con una sonrisa

como un suspiro,

la niña replicaba:

—¡Madre... le espero!..

IV

A los dos años justos
de la partida,
cuando nadie pensaba
ya en el ausente,
el labrador más rico
de los contornos,
se prendó de la niña
perdidamente.

Contaba las pesetas
á millaradas
y contaba en octubres
cincuenta y pico,
y aunque tenía aspecto
de ser muy zote,
parecía hasta guapo;
¡era tan rico!

—

Mas no obstante sus duros
y sus blanduras,
iguales calabazas
le dió María,
y no llevó un recuerdo
de Pascualillo,
porque éste, siempre lejos,
nunca volvía.

—

—¿Y por qué no te casas,

—dijo la madre—,

con un señor que tiene

tanto dinero?...

Y con una sonrisa

como un suspiro,

la niña replicaba:

—Madre... ¡le espero!...

V

Cundió por sierra y valle
la nueva triste
como de luto y llanto
súbita onda...
Ya no retornaría
nunca á su tierra
el muchacho del guarda
de Nava-honda.

En no sé qué combate,
roto ya el fuego,
vino el pobre soldado
redondo á tierra;
tenía todo el rostro
lleno de sangre
y un balazo en la frente;
¡maldita guerra!

—

Sobre el pecho insensible
con mano ruda,
una cruz de azabache
tenía asida;
nadie aquel santo emblema
quitarle pudo,
como si aquella mano
tuviera vida...

—

—¡Al fin, hija, eres libre!...

—dijo la madre—,

¡todo el que viene al mundo...

justo es que muera!...

Y con una sonrisa

como un suspiro,

la niña replicaba:

—Madre... ¡me esperal!...

VI

Viendo pasar al párroco,
dijo una anciana,
—¡A dónde va á estas horas
el señor cura?
Y contestó un chicuelo:
—Si es que se muere
la niña del colono
de Fuen-segura...

—

Rodeaban su lecho
todos llorando;
ella pálida, inmóvil
yacía inerte;
parecía de cera...
no respiraba...
¡tan buena!... ¡tan hermosa!...
¡oh! ¡ciega Muerte!...

—

Rezaron sin rüido
mientras el cura,
también casi llorando,
la bendecía,
y entre el rumor del rezo
tenue flotaba,
el ahogado murmullo
de su agonía.

—

—¿Pero es cierto, Dios mío!

—dijo la madre—:

¿dejarás, Virgen santa,

que se me muera?

Y ella, lanzando el débil

postrer suspiro,

balbuceó al morirse:

—Madre... ¡me espera!...

EL REGRESO

EL REGRESO

I

¡Oh, cómo corría!... La blusa flotante
asida en el pecho se henchía al correr.
¡Qué pronto las tapias, las pobres viviendas,
la torre amarilla, por fin iba á ver!

Corría cruzando plantíos y surcos,
haciendo á los perros lejanos latir;
haciendo á los tardos absortos labriegos
por entre las mieses los bustos erguir.

Corría, corría, saltando las cercas;
hirsuta la barba, curtida la faz,
que en mueca huesosa trocaba en su gozo
la antigua sonrisa de amor y de paz.

¡Oh, Dios! ¿Qué importaba la angustia sufrida
tan lejos, tan solo, creyendo morir?
¡Volvía, volvía! Le ahogaban á un tiempo
congojas de llanto y afán de reir.

¡Qué lejos el bosque, la pampa, la estepa,
el mar infinito de eterno vaivén!
Y allá, tras los montes, después de arrojarlo
sobre una campiña, qué léjos el tren!

¡Qué lejos aquellos sus tristes amigos
que fueron en busca de vida mejor!...
¡Qué lejos aquellos que en tumba ignorada
durmiendo quedaron su largo dolor.

Y allí, tras la loma que cerca el poblado!
su casa; el ambiente de amor maternal!
las viejas memorias, cual besos del alma;
los cálidos besos del aura natal!

Hay Dios. Un Dios bueno que mira al que sufre,
que paga en un punto cuanto antes sufrió,
como á él le pagaba, llenando su pecho
de aquella alegría que nunca sintió.

Al fin en la cima cayó jadeante;
¡la aldea! ¡las casas!... ¡Allí!... á plena luz!...
¡La torre amarilla!... y encima de todo
tendiendo sus brazos, la plácida cruz!...

II

Cayó sin aliento; su cuerpo transido,
que en pardo esqueleto la ausencia dejó,
á un tiempo que al gozo rendido al cansancio
en tamos y gramas feliz reposó.

En alas del viento que tibio oreaba
su faz sudorosa, del próximo hogar
en ondas pasaron rumores y aromas,
su frente de muerto viniendo á besar.

Y fijos los ojos, cual si aun ante ellos
cruzara el pasado, sin verlas miró
las verdes colinas, los valles oscuros,
las pobres viviendas, el mundo que amó!

Sus juegos de niño, sus tiempos de mozo,
los besos maternos de ardiente cruji-
r, que hambrientos y largos, en él infundían
el hondo, el intenso placer de vivir.

Las citas de novio... la reja entre sombras...,
la noche... el misterio vedado al rival,
la flor cambiada... las trémulas frases
que el pecho invadían de un soplo inmortal.

La rubia hermanita, que, aún viva, besaba
con un insaciable frenético amor...
La madre, ya vieja, dichosa, aunque triste,
de aquella miseria bañada en dolor.

Su vivo recuerdo del ya muerto esposo...
el consuelo oculto de su soledad,
de pensar á veces que para el que sufre
hay, llena de sombras, una eternidad.

Y aun frente al vecino pobre camposanto cuando el cura á verles acertaba á ir, por la endeble verja señalando dentro los dos grandes sauces, crefala oír:

—Allí, señor cura...

—Bien, bien...

—Es mi sitio;

que no me lo quiten; allí, entre los dos...

quiero ver mi casa desde mi sepulcro.

—¡Deja que eso llegue! ¡No ofendas á Dios!

—Perdón, señor cura; mas cuando disponga que mis muertos ojos no anime su luz...

—Bien, bien... ¡lo prometo!

—Gracias, señor cura;

al pie de los sauces que pongan mi cruz.

—

III

¡Oh, ¡cuánto recuerdo!... mientras sonreía
próximo á sus brazos... á volverla á ver!...
¡Cuánto padecieron!; pero al fin reunidos,
nada el lazo amante vendría á romper.

¿Y pudo él dejarlas? ¡Oh! ¡Aquella miseria,
aquel laborioso é inútil afán!
aquellos forzados estériles ocios...
la niña riendo pidiéndole pan...

Y lejos... países cubiertos de bosques:
de fértiles campos de fácil labor;
con granos de oro, según las consejas,
y plata y diamantes de extraño valor.

El sueño lejano de rápida dicha,
quietud para «ellas», placer, bienestar,
y pan y juguetes para un ángel rubio
que alegre á otros niños miraba jugar.

Y al fin, ¡aquel día! los mozos llegando
de aldeas distantes en brusco tropel,
hablando de un barco, del mar, de otro cielo,
de pan y trabajo... ¡qué negro día aquel!

Letal pensamiento de ausencia y fortuna,
dejándoles oro; vendiendo al partir
aquellas cansadas cien varas de tierra
que había heredado del padre al morir.

La ciega esperanza del náufrago á vista
de un sueño de playa... Vivir ambas bien
podrían en tanto. Para él, lo imprevisto...
Buscó á los que iban: él iba también.

¡Qué instantes aquellos!... Aquel largo abrazo
que ahogaba á la madre de angustia y amor;
el beso á la niña, que el llanto le hizo
saltar en los ojos de asombro y dolor.

La duda, ya lejos... Aquellas dos sombras
que atrás, desoladas, borrábanse más...
el último esfuerzo, volviéndose á ellas..
limpiando sus ojos... andando hacia atrás.

Figuras lejanas que al fin se borraron
del día sin nubes á la última luz...
y luego con ellas, las casas... los techos...
la torre amarilla... la plácida cruz...

IV

Buen Dios! No era un sueño! ¡Por fin! Lejos todo.
¡Qué angustia de horas! ¡Qué siglos de afán!
El barco, el mareo, su nicho en la cala;
piltrafas de rancho, migajas de pan.

La costa ignorada; la trata del blanco;
salario mezquino por ruda labor;
ni granos de oro, ni luz de diamantes...
¡también el mendrugo bañado en sudor!...

El hambre... ¡La rabia de aquel desengaño!...
Y ya irremisible!... Dolor... soledad...
trabajo de bestia, sin fruto, sin calma;
morir sin consuelo, sin ver caridad...

La patria, el recuerdo... La carta llorosa
llamándole siempre... diciéndole: ¡Ven!...
y en una... ¡aquel golpe!... la muerte del ángel,
cual choque de maza cayendo en la sien...

Murió una mañana llamándole quedo;
su pobre retrato besando al morir;
oyendo á su oído decir á la anciana:
—¡Espera, mi vida! ¡Si ya va á venir!...

La madre besando su cuerpo insensible...
la tosca mortaja ciñendo en aquél...
La tierra envolviendo sus miembros helados,
su frente, sus ojos... ¡Sin un beso de él!...

Y al fin, ella, sola, llorando sin tregua...
su nombre en sollozos ahogando al llorar...
el mar de amargura, creciente é inmenso,
é inmenso, entre ambos, aquel otro mar!...

Después, el desplome del alma vencida,
pereza insensible; vivir sin vivir...

La eterna memoria del patrio horizonte
en él, sin lograrlo, soñando morir!...

Y siempre en la mente, la aldea, la anciana,
su rostro cercado de nimbos de luz...

las verdes colinas, las pobres viviendas,
la torre amarilla, la plácida cruz.

—

V

¡Oh, no! ¡No era un sueño! Por fin allí estaba
los sitios mirando que ansiaba en su afán:
el viejo cabildo, la casa del cura,
el haza de Pedro, la vega de Juan...

Igual todo siempre. Y allí venturosos
también todos ellos pensando en su mies;
labrando la tierra que había de darles
sustento primero, sepulcro después.

Allí, venturosos, de madres y hermanos
sintiendo los besos de dulce calor;
allí en sus hogares, de esposas é hijos
cercados del santo, del íntimo amor.

Sintió su energía brotar á la idea
de lucha y trabajo; ¡por ella, sí, sí!
¡Ah, ciego, sin rumbo correr tras la dicha
sin ver que tan cerca dejábala allí!

Se alzó palpitante... corrió sin descanso...
un gozo inefable le ahogaba al llegar.
¡Caer en sus brazos llorando y riendo!
¡Sentirla en sus brazos reir y llorar!...

Ya habría leído la carta incoherente
que á tierra arribando convulso trazó;
quizá le esperaba sentada en la piedra,
aquella en que al irse llorando quedó...

Crecía el poblado; las pardas techumbres
miraba agrandarse, corriendo hacia aquél...
¡quietud! ¡humaredas de hogares amigos!
¡el suyo!.. ¡el más pobre! ¡no había humo en él!

Llegó al sitio. ¡Nadie! Siguió, jadeando,
¡su puerta! ¡cerrada! Sin fuego el hogar...
llamó... ¡igual silencio! Y en vano convulso
las viejas maderas volvió á golpear...

Salió hasta las cercas; miró en el contorno,
¡ninguno que de ella pudiera saber!
Gritó. El camposanto con eco doliente
tan sólo á su grito sintió responder...

Corrió hacia la puerta. Sondando sus senos
los hierros endebles temblando estrechó;
dudaron sus ojos... se abrieron sus manos...
al pie de la verja su cuerpo rodó...

—
Detrás de los hierros alzándose se triste
del día sin nubes á la última luz,
bajo el llanto mudo de las verdes ramas,
al pie de los sauces había una cruz.

MISERABLES

MISERABLES

I

Risueño el rostro, pueril y alegre,
más candoroso que picaresco,
y que iluminan los grandes ojos
reverberantes como luceros.

Rubios los rizos desmelenados,
que se entrelazan finos y espesos,
bajo la vieja gorra de quinto
dádiva acaso de algún trapero.

Enflaquecido y endeble el busto,
pero llevando gentil y apuesto
la desteñida y holgada blusa,
traje, camisa y abrigo á un tiempo.

Prenda que á modo de insignia ó banda
de alguna orden de pordioseros,
deshilachado tirante rojo,
çiñe cruzado de espalda á pecho.

Angosto y breve pantaloncillo,
á trechos roto, zurcido á trechos,
que algo más bajo de la cadera
logra el tirante tener sujeto.

Y que expirando deshecho á hilachas,
como lloroso de sus remiendos,
bajo la corva, deja las finas
nerviosas piernas al descubierto.

Encallecidos los pies desnudos
que ya insensibles rozan el suelo,
teniendo erguida la ágil figura
mísera y dulce, de rasgos bellos.

Tal surge inmóvil sobre la acera
la ruin persona de aquel diablejo,
de alma de niño, risa de ángel,
aire de vago, rostro de hambriento.



II

Tomó en un quicio, rompiendo el alba,
la diaria dosis de pan y queso,
y al aire libre ya al caer la tarde,
algo tan sobrio como el almuerzo.

Lograr no pudo, durante el día,
ni un mal recado, ni un triste céntimo;
pidió limosna, ¡trabajo inútil!
nadie á los vagos daba dinero.

Algunos días vendió papeles,
de esos que salen con los sucesos:
¡Ya no podía!... ¡No le fiaban!
¡Aquellos eran mejores tiempos!...

Se hizo de noche; de entre las sombras
iban brotando los reverberos;
sintió del hambre la honda pereza,
y algo de frío, y algo de sueño.

Vagó sin rumbo, sin esperanza,
con la indolencia del desaliento;
lleno de extraña melancolía...
¡Que así abandone Dios á los buenos!...

Miró envidioso los edificios
ricos y grandes; pensó en los dueños
que en sus salones jamás tendrían
hambre ni frío; ¡felices ellos!...

Miró al soslayo los ricos trenes,
y los caballos ¡hartos de pienso!
y al dueño ahito; y hasta á un alano
que al pie del árbol tronchaba un hueso.

Sumido en vago sonambulismo,
fijóse al paso, como sin verlo,
en un muestrario de hotel ó fonda,
que un vidrio aislaba luciente y grueso.

Y demorando la inútil marcha,
como el que mira pasar un sueño,
fijó los ojos en los manjares,
con faz de asombro y aire famélico.

¡Aquellas aves tan desusadas!
¡Aquellos trozos tan suculentos!
¡Y la cabeza de aquel jabato
con sus adornos de caramelo!...

¡Aquellos peces extravagantes!
¡Y el bicho rojo de extraño aspecto
con tales patas!... ¡Y aquel pescado,
su propia cola voraz mordiendo!...

Sólo entre todo reconocía
la liebre aquella tendida en medio:
¡Vaya si era!... De verla sólo,
sintió el impulso de los podencos...

¿Era seguro que aquello fuese
para criaturas de carne y hueso?
¡Si parecía para una boda
de hadas y reyes!... ¡Cosa de cuentos!

Se imaginaba ser convidado,
y que le daban de todo aquello,
y que él decía: —¡Vivan los novios!,
pensando sólo seguir comiendo.

Con qué delicia se sonreía
en su apacible deslumbramiento:
Era mentira! mas ¿qué importaba?
¡Es tan hermoso soñar despierto!

Así, en la mente, formando idea
de cada grato sabor diverso,
muerto de hambre, se regalaba
con un banquete de pensamientos.

Y largo espacio vagó en sus glorias,
la fantasía del rapazuelo,
rico en ternuras y sensaciones,
mendigo en germen, hombre en boceto.

*
* *

III

Con rudo golpe turbó de pronto
su soñadora contemplación,
un transeunte que de la fonda,
brusco saliendo, con él chocó.

Era un viajero, sí; algún objeto
llevaba al brazo, ¡buena ocasión!
y entre risueño é insinuante,
díjole al paso: —¿Lo llevo yo?

Volvió los ojos el pasajero
al importuno con mal humor;
pero al aspecto del vagabundo,
cediendo al ruego se sonrió.

Tomó el objeto casi de un salto.
Ya se salvaba la situación!
Eran seguras unas monedas!
¡Al fin cenaba! ¡Qué grande es Dios!

Y el paso breve menudeando,
para ir al mismo del bienhechor,
la luz radiante de su alegría
en sus pupilas resplandeció.

Habló el viajero: dudó un instante;
le preguntaba; sí tal, su voz...
y de su charla balbuceadora
el incoherente raudal soltó.

¿Su nombre? Angel. Pero en el barrio le conocían por «Ruisseñor», porque lo mismo que de las aves de él, le decían, cuidaba Dios.

Era un apodo vulgar y feo, y deshonoroso, pues, ¡sí, señor!; siempre aquel bicho va por los campos á la que salta, como el ladrón.

Anduvo á golpes con más de cinco, ¡Dios! y qué buenos cachetes dió; hasta su encuentro con «Solfas», uno de los mayores, ¡un grandullón!

¿Que qué le hizo? ¡Por vida! Dióle tal bofetada, que le tiró... ¡fué cosa triste lo de quedarse con el apodo y el bofetón!

¡Pasó una noche! Cuando él creciese
lo buscaría... ¡vaya si no!
él le pondría la cara aquella
como era justo... ¡caso de honor!

Calló el muchacho, sonrió el viajero,
y silencioso le dirigió
una mirada de simpatía
unida á un gesto de aprobación.



¿Si tenía madre? Lanzó un suspiro
al recordarlo... ¡por vida!... ¡no!
se habría muerto... ¡qué buena era!
¡y qué dichosos fueron los dos!

Lo recordaba cual si aún lo viese
ó fuera cosa del día anterior;
¡aquellos juegos!, ¡aquellas risas!,
¡aquel cuartito lleno de sol!

Él, con su blusa de marinero
y su boína, con su renglón
de letras de oro, donde decía :
Buenaventura, que era un vapor...

Y qué zapatos!, y qué juguetes!
¡era divino! tuvo un reló,
y un sable corvo, y hasta un caballo,
color violeta ¡como no hay dos!

Y un regimiento de infantería
contra el que á golpes siempre venció
ni más ni menos que un rey antiguo
al que le dicen Napoleón.

¿De qué vivían? No supo de eso;
pero él sin hambre siempre durmió;
ella le daba mil golosinas;
¡era tan buena! y él ¡tan glotón!

Su madre, en cambio, comía poco,
y estaba flaca, de mal color,
y él, de lo suyo, le instaba en vano,
más de una noche que no comió.

¿Qué hacía? Vaya! Bordar! ¡Qué flores!
¡y qué ramajes! ¡Era un primor!
pero de noche ya no veía;
¿que si era vieja? ¡Viejal! ¡Quial! ¡No!

Era muy joven, y ¡tan hermosa!
aunque de un aire siempre tristón...
como una virgen de las Angustias,
de esas que lloran junto al Señor!

¿Si era casada? ¡No lo sabía...
él á su padre no conoció,
ni iban más hombres que un caballero
con una facha de señorón!

Eran de fijo los dos parientes;
¡claro!, se hablaban de «tú» los dos:
Iba á la casa muy á menudo,
¡anda, qué anillos! ¡y qué reló!

Le daba cuartos, y caramelos,
y algunos besos; mas... sin calor,
y golpecitos en la mejilla,
ó en las espaldas con el bastón.

Pero otras veces al acercarse
lo rechazaba con mal humor;
y hasta decía que le manchaba,
y le llamaba «sucio» y «pelón».

¡Su madre luego, casi llorando,
lo consolaba con un amor!
y le decía: —«No te dé pena,
¡hay tanta gente sin corazón!»

Luego fué sólo de tarde en tarde,
y al fin un día, ya no volvió;
y aunque él tampoco lo echó de menos,
¡á ella le hizo tal impresión!

¡Qué triste estuvo! siempre esperaba
sentir sus pasos, oír su voz;
lloraba á veces, así, á escondidas;
no estaba buena, ¡claro que no!

Pasaron frío; ya no hubo fuego;
faltó la ropa; á él le extrañó,
y ella, ¡silencio!, siempre inclinada
sobre la tela del bastidor.

Lo iba queriendo más cada día,
¡ay! le pegaba cada apretón
contra el regazo, pues ¿y besarle?
¡hasta dolerle!, ¡si era furor!

Más de una noche, cuando en la cuna,
él se rendía como un lirón,
sintió entré sueños que lo estrechaba,
y de sus besos sintió el calor.

Y al removerse medio dormido,
ella, en lo obscuro, con dulce voz,
junto á su oído cantaba aquello
de una comedia: — «¡Duerme, mi amor!»

Él, encantado, se adormecía,
y alguna noche soñar creyó,
que entre sollozos iban muriendo
las notas vagas de la canción.

¡Ay, Dios! ¡qué tiempos! ¡Fué tan dichoso,
y se querían tanto los dos!;
no se acordaba sin que le dieran
unos ahogos, así, en la voz...

Al fin, un día, se puso mala;
á lo primero vino el doctor;
pero una tarde se la llevaron...
¡no quiso irse!... ¡cómo lloró!

Él quedó en casa de unos vecinos,
que ponderaban su buena acción:
le prometieron que la vería;
¡mentira todo! ¡ya no la vió!

Le golpeaban diciendo siempre
que era un travieso, y... algo peor,
hijo de nadie ó hijo de todos;
él, sin embargo, no comprendió...

Pero otras veces, cuando llamaban
mala á su madre, ¡sintió un calor!
Una mañana se halló en la calle...
le habían echado, y él... se marchó...

Sintió apetito de pan y besos;
quiso buscarla, no halló razón;
llamóla á voces, siempre esperando
que volvería... ¡ay! ¡no volvió!

.....
Cesó del niño la voz ahogada,
por la onda amarga de su dolor,
mientras el hombre sobre él volvía
larga mirada de compasión.

—¿Llorar? ¿Tú? ¿Un hombre? Y el pordiosero
á su amigable festiva voz,
secóse un ojo con los nudillos,
y sollozando se sonrió...

IV

Por fin llegaron. De la arboleda
tras de la verde tupida red,
confusamente se vislumbraba
la masa oscura de una pared.

Ante ancha puerta cuyos faroles
trazaban nimbos de claridad,
coches y gentes hormigueaban
en bulliciosa movilidad.

Y con dudosas intermitencias,
surgía opaco del interior,
de rudos choques, ruedas y hierros,
golpes y gritos, sordo fragor.

Hombre y chicuelo con breve paso
cruzaron mudos por el tropel,
y á poco trecho de la amplia entrada
la marcha al cabo detuvo aquél.

Volvió el muchacho su objeto al dueño
y en silenciosa solicitud,
fijo en sus ojos, siguió á su lado
con elocuente dulce actitud.

La paga en tanto buscando el hombre,
aquella ingenua graciosa faz,
miró con vaga melancolía,
después la mano tendió al rapaz.

El grato frío de una moneda
sintió al asirla, juntas las dos,
luego con triste, fugaz sonrisa,
lento el viajero le dijo: —¡Adiós!

Y agradecido más que á la paga
al desusado modo de obrar,
le vió alejarse con vaga pena
sin darse cuenta ni contestar.

Alzó los ojos; pronto repuesto,
vió sólo extraños en torno á sí;
miró su breve cerrado puño:
¡Dios! ¡era rico! ¡sentíala allí!

Plata, ¡seguro!... ¡Si fuera cobre!
¡No!, el caballero no era capaz...
Abrió la mano, contuvo un grito,
y algo supremo crispó su faz.

¡No, no soñaba! ¡Oro!, ¡sí!, ¡oro!,
¡oro acuñado!; ¡pues!, ¡cara!, ¡cruz!
y fascinado, desvanecido,
dió otros dos pasos hacia la luz.

El áureo disco reverberaba
al haz de rayos del gran farol;
cerró los ojos; en plena noche,
creyó en la mano tener el sol...

Mas en el acto, súbita idea,
la luz del astro vino á anublar;
quizá el viajero le dió el tesoro,
otra moneda creyendo dar.

Corrió á la entrada; pero á lo lejos
en son de burla, vibró á la vez
largo silbido de honda ironía,
á tal resabio de candidez.

Mientras con rudo tragín de hierros,
y con creciente sordo fragor,
un tren corría tras de las vallas,
envuelto en humo, sombra y vapor...

*
* *
*

¡Suya!, ¡era suya! Desde los días
libres de hambres y de orfandad,
no había sentido sacudimientos
de tan intensa felicidad.

Mas ¡qué sospecha! ¡Si fuera falsa!
y estremecido de ansia y pavor,
sobre una piedra saltar la hizo,
con agonías de jugador.

¡Ah, nunca tuvo la dulce lira
de la inspirada divinidad,
ni aun las eolias suaves arpas,
tan armoniosa sonoridad!

Se alzó tranquilo, miró á los lados,
y en cada objeto viendo un ladrón,
tomó la vuelta con un suspiro
de imponderable satisfacción.

¡Dios! ¡y qué cena se compraría!,
todo exquisito, cosas así
como las muestras de aquella fonda,
¡justo!, ¿era rico?, pues bien, allí...

El traje, ¡cierto!, le parecía
no tener mucho de gran señor;
¡si se riesen!, ¡bah!, otra noche
cuando él pudiera vestir mejor.

Se proveería de blusa nueva
que el talle esbelto ciñera bien,
de tela fuerte, que al par que lujo,
prenda de abrigo fuera también.

Y de zapatos, y de camisa;
¡anda! ¡qué traje para un gandull!
Faja de estambre, gorra de seda;
¡ó no! bofna de paño azul...

Por la mañana lo compraría,
y al mismo tiempo, sí, aquel calzón,
cual pies de ahorcado, puesto en aquella
casa de saldos en el balcón.

¡Qué ojos pondrían sus camaradas!...
¡Otros mejores tendría después!...
Y al ir con ellos, más de una chica
lo miraría... con su interés...

¡Iría guapo con tal vestido!
¡Ay, si su madre le viera así!...
¡Bah! ¡Ella siempre le besaría
feliz ó hambriento, con frenesí.

¿Era posible? ¡No verla nunca!...
Sintió algo frío, sin saber qué;
¡madre del alma! ¡Ay!... ¡Si él supiera
dónde enterrado su cuerpo fué!...

Le compraría de aquellas flores
á que tenía tanta pasión,
y de la tierra que la ocultaba
las dejaría sobre el montón...

Y allí, abrazando su pobre tumba,
sobre esa tierra, tendido él,
¡oh, cuántas cosas le contaría,
besando el musgo del sitio aquél!...

Brilló en los ojos del niño el llanto,
como su risa pronto á brotar,
según llevaran hombres y cosas
á su alma virgen gozo ó pesar.

Alma riente, que al cuerpo impulsa
á odio ó amores, al mal ó al bien,
á honra ó cadalso, según el rumbo
que hombres y cosas luego le den.

Mas, impidiendo que su sonrisa
ahogada fuera por su aflicción,
un incoherente lejano grito
dió á su mirada viva atención.

Era ya tarde; los reverberos
tenue lanzaban su claridad;
solo el camino, lejos rumores:
el hervidero de la ciudad.

Haz de palacios y de tugurios;
montón de instintos, placer y amor,
dicha y fortuna, sobrenadando
en la onda turbia de hambre y dolor...

Un grito solo!... de afán, de espanto,
¡aquel acento!... sí, ¡de mujer!...
miró á lo lejos; sobre el camino,
sombbras confusas creyó entrever.

Y entre los troncos culebreando
con alarmada curiosidad,
adelantóse buscando á un tiempo
las grandes manchas de obscuridad.

Llegó muy cerca; tanto, que pudo
los ademanes, los rostros ver,
y oír, á trozos, la voz de un hombre
que el brazo asía de la mujer.

Qué linda era!... Qué desolada!
¡Cuántas angustias en su actitud!
Hermosa y triste... Pensó en su madre!
Tal habría sido su juventud!..

El, era hombre de buen aspecto;
sí, por las trazas, un hombre así
como el que niño le daba cuartos,
ó lo alejaba brutal de sí...

Oyó; la madre que agonizaba;
la medicina de salvación...
cara, tan cara, que parecía
cosa de sueño la adquisición...

Un niño mudo de espanto y hambre;
la inmensa sombra del cuadro aquel;
la calle..., un hombre..., la breve historia,
la negativa breve y cruel...

Aquel encuentro; sus condiciones...
placer por oro... ¡Fatalidad!...
¡No! si él tenía madre ó entrañas,
lo haría sólo por caridad.

Tremenda frase que del muchacho
llenó el cerebro de turbia luz...
Pensó en su madre, su obscura historia...
aquella tumba sin una cruz!..

Su infancia. Un hombre que le besaba,
que acaso... «á ella»... besó también
de pan á cambio! y él... era entonces..
¡oh, cuál la sangre vibró en su sien!

Ella pugnaba por desasirse
como espantada de algo feroz,
y él... no se oía... pero algo hablaba
así, en cobarde callada voz...

Con instintivo pudor la joven,
la faz llorosa volviendo atrás,
al escucharle, con breve acento
balbuceaba: —¡Jamás... jamás!

La voz del hombre se alzó apremiante
«Comedia todo». «Ceder ó no».
Y tras un árbol crispando el puño:
—¡Canalla! el niño balbuceó.

Nuevas palabras le contuvieron
breves, precisas, febriles ya:

—¡Piedad!

—¡Ven!

—¡Nunca!

—¡Tomal

—¡No quiero!

—Pues bien; tu madre... se morirá.

De inmenso espanto sobrecogida
tembló ella en honda vacilación,
y seco el llanto, lució en sus ojos
de algo suicida la decisión.

Y al dirigirse convulsa al hombre
desmelenada, pronta á ceder,
breve figura de harapos llena
vió ante sus ojos aparecer.

De las supremas resoluciones
con la segura firme actitud,
miró al extraño con faz de reto,
á ella con triste solicitud.

Algo en silencio dejó en su mano:
—Para tu madre... dijo; siguió,
y allá á lo lejos la incierta sombra
sus líneas vagas desvaneció...

EL ENCUENTRO

EL ENCUENTRO

I

En el vagón oscuro revueltos y hacinados,
en traje de campaña, para la lucha armados,
y del convoy en marcha mecidos al vaivén,
vibrando en las tinieblas, arrastra á los soldados,
envuelto en humo y llamas, impetuoso el tren.

Entre el fragor algunos conversan en voz fuerte,
sin preocuparse en tanto de la futura suerte,
y ríen y chancean y cantan sin compás:
acaso más de uno camina hacia la muerte;
pero forzoso siendo, ¿por qué pensarlo más?

La causa indagan otros en agolpado grupo
del súbito viaje; según alguno supo,
andaban á balazos allá en un poblachón,
que no encontrando buena la suerte que le cupo
rompió en desesperada facciosa rebelión.

—

Infamias de los altos del egoísmo en alas;
enormes los tributos, y las cosechas malas;
y cuatro campesinos que ciegos de dolor,
entre morir hambrientos ó caer entre las balas
hallaron lo segundo más rápido y mejor.

—

¿Y qué tal era el pueblo? ¿Por alguien se sabía
si era ciudad ó aldea, villorrio ó alquería
aquel Val-del-olvido que habían de arrasar?
Y alzándose uno de ellos que recostado oía,
las nuevas deseadas mostróse pronto á dar.

—

Curiosos se agruparon en torno del que hablaba;
un mozo erguido y firme que en el cuartel pasaba
por ser el más bizarro y experto tirador,
y que en el pecho encima del corazón, llevaba
la cruz de los laureles, emblema del valor.

Era contar del pueblo como contar su historia,
aquel Val-del-olvido, de niño fué su gloria,
la patria de sus sueños; había nacido allí;
vetusto, pobre, grande, tenía en memoria
con sus detalles todos; cual si le viera, sí.

En él vivió su padre, fornido y noble viejo
de corazón suave si de áspero entrecejo,
¡qué pulsos y qué ojos! ¡aquello era tirar!
El fué de la escopeta quien le enseñó el manejo,
como al pequeño hermano, la risa del hogar.

Estaba allí su madre... ¡Qué vívida alegría
al verse y estrecharse la de los tres sería!...
¡Tan sólo de pensarlo se estremecía él!...
Iba bien pronto á verlos! ¡Oh, cómo bendecía
la causa inesperada del movimiento aquel!

—

En cuanto á la jornada, si por acaso dura,
sería de victoria como feliz segura,
y luego, el hogar pobre donde quedó su adiós!
¿Correr anciana ó mozo peligro? ¡Bah! locura,
en él estaban quietos amándose los dos...

—

Siguió el soldado hablando, ya tierno, ya radiante;
siguió el convoy la marcha veloz y resonante,
y ya cercano el día, delante de un andén,
con el informe aspecto de un monstruo jadeante
lanzó largos aullidos y se detuvo el tren.

—————

II

Tomó la cuesta arriba la banda de cornetas,
seguida de las filas de humanas siluetas,
y en líneas ondulantes, la marcha al emprender,
brillaron las agudas lucientes bayonetas,
á las dudosas tintas del vago amanecer.

—

Adustos se tornaron los que antes bromeaban,
valientes ó apocados temían ó pensaban
en el compacto grupo, sin que se oyera más
que el súbito chasquido de hierros que chocaban
ó de los tardos pasos el rápido compás.

—

Acaso alguno hallaba su traje azul y rojo
librea de verdugo, é inquieto, errante el ojo,
allá en la lejanía probaba á descubrir
el sitio en donde iba, sin cólera ni enojo,
tal vez á dar la muerte, ¡quién sabe si á morir!...

—

Acaso alguno iba sin voluntad marchando,
en una faz llorosa ó en un hogar pensando,
y así cual si lo viera velado por un tul,
acaso más de uno soñaba recordando
de las montañas patrias la lontananza azul.

—

Al fin, sobre las lomas se destacó sombrío
el anguloso grupo de obscuro caserío
cortando el horizonte con vaga indecisión,
y pronto al pie de un monte, cercada por un río,
amenazante y muda, surgió la población.

—

Miráronla ya cerca como osamenta informe
de algún titán vencido ó algún monstruo deforme,
tragándose el camino de aspecto de reptil,
que en ondas gigantescás de su espiral enorme,
por las escuetas lomas entraba en su cubil.

Se alzó una voz de mando briosa é incoherente,
rehiciéronse las filas compacta y sordamente,
y con impetuoso metódico avanzar,
de la aún lejana calle que se esbozaba enfrente,
la entrada envuelta en sombra lanzáronse á ganar.

De pronto, de su seno, surgió una voz bravía;
con explosión que dentro de súbito rugía,
fugaz relampagueo le iluminó después,
y con ahogados gritos de rabia ó de agonía
en las marciales filas cayeron dos ó tres.

De la corneta de órdenes el retronar vibrante,
correr hizo en los pechos del grupo jadeante
la helada sacudida de intensa conmoción,
después los brazos firmes y pálido el semblante,
lanzáronse al poblado con muda decisión.

—

Y aunque creciente el fuego cual la distancia larga,
á cada intermitente flámígera descarga,
haciéndose en el grupo la cólera común,
como el alud los valles, en belicosa carga,
cegaron la ancha calle brumosa y negra aún.

—

Y como en firme muro se estrella embravecida
el agua rugidora, que al paso detenida,
inútilmente bate la valla que encontró,
del aluvión humano la bélica embestida,
en no previsto dique rugiendo se estrelló.

—

Muralla formidable sin orden hacinada,
que pronto de ambos lados ardiente é inflamada,
como proyecta el fuego la mina al estallar,
iluminó la lucha de rayos coronada,
entre el fragor crugiente del seco detonar.

Bajo la blanca nube que el humo alzaba lento
surcada de fulgores de resplandor violento,
de nuevo estremeciendo los aires en redor,
alzó el clarín vibrando su convulsivo acento,
con alarido ronco de muerte y de furor.

Tropel de rojas sombras saltó á la informe valla,
y entre el intermitente clamor de la batalla,
los cárdenos aceros cruzándose al llegar,
en convulsión de cráter cubrieron la muralla,
al resplandor dudoso del lento alborear.

Como la henchida ola que hirviendo palpitante
flajela impetuosa, cubriéndolo gigante,
el imprevisto escollo sobre que va á romper,
y por su dorso inmóvil, deshecha y espumante,
resbala y se replega, rehaciéndose al volver,

—
retrocediendo al choque cual luchador rendido,
que aliento cobra y fuerzas al verse resistido,
al pie del baluarte con ronca agitación,
airado de encontrarse por algo detenido
sus ya mermadas filas, rehizo el batallón.

—
Lanzó el clarín su grito dominador y agudo,
partió el turbión guerrero tempestuoso y mudo,
y frente al llameante más breve detonar,
sobre el abrupto escarpe volvió con choque rudo,
saciando entre sus rayos la sed de exterminar.

—

Y bajo el humo blanco de resplandor sangriento
como cendal de púrpura que dilataba el viento,
cubriendo de la escena la trágica visión,
sin tregua, en palpitante é informe hacinamiento,
hirvió de la pelea la ciega convulsión.

—

Mas como al golpe rudo del bramador torrente,
la firme valla cruje cediendo sordamente,
y salta al fin y rueda, deshecha por aquél,
sobre montón de cuerpos, el aluvi6n viviente,
deshecho y roto el dique, se desbordó por él.

—

Y al fin, la rabia ebria del exterminio ciego,
la fuerza arrolladora, la lid suicida luego,
y todo agonizando con último extertor,
lanzó el hervor confuso del lúgubre sosiego
con que al vencido ahogando respira el vencedor.

—

Y en tanto, bajo un alba de luces azuladas,
por las alturas próximas en filas desbandadas,
ennegrecido el rostro, con odio ó llanto en él,
ensangrentados hombres de ropas desgarradas,
y niños y mujeres, huían en tropel...

III

Sobre el reposo inerse de lo vencido y muerto,
el roto baluarte dejando al descubierto,
del humo de anchas ondas el pálido cendal,
alzóse lentamente con ondear incierto,
al beso tembloroso del aura matinal.

—

Bajo sus leves pliegues flotantes y ondulados,
entre armas destrozadas y cuerpos desplomados,
reapareciendo fueron en fúnebre montón,
semblantes cadavéricos al cielo levantados,
en espectral é inmóvil, sarcástica expresión.

—

Sobre el revuelto piso, del baluarte dentro,
donde con más estrago más rudo fué el encuentro,
por lazo igual unidos en silenciosa paz,
el uno sobre el otro, caídos en el centro,
dos muertos abrazados juntaban faz á faz.

—

En tierra un campesino de pecho rudo y fuerte,
que abrió un cercano hierro dejando entrar la muerte
asíase á un soldado, y en el furor común,
entre las rojas cruces, en su costado inerte,
con la crispada mano hundía un arma aún.

—

Bajo antifaz de sangre que densa los cubría
en los unidos rostros iluminaba el día
la contracción postrera de cólera y dolor.
Yacían olvidados. El alba sonreía
en sus heladas frentes con tibio resplandor..

—

Entre el mortal descanso que sucedió al estruendo,
los rudos vencedores sus ánimos rehaciendo,
sobre el fusil echados ó contra algún umbral,
de heridos que pasaban llorando ó maldiciendo,
miraban jadeantes la conducción fatal.

—

De rizos desgñados las sienes coronadas,
los brazos temblorosos, errantes las miradas
fijando en cada herido con ávido estupor,
sobre el rojizo suelo de piedras arrancadas,
pasó, más que una vieja, la estatua del dolor.

—

Miraba un muerto y otro. Junto al montón sombrío,
fijóse en el labriego con súbito extravío,
y devorando muda la realidad cruel,
desgarrador al cabo, lanzando un —¡Hijo mío!...
como del rayo herida se desplomó hasta él.

—

Palpó su pecho inerte por roja herida abierto,
y uniendo el rostro al suyo paralizado y yerto,
como queriendo darle su vida lo besó;
y vuelta como loca contra el soldado muerto,
con estupor horrible mirándole siguió.

—

Incrédula estrechando su faz enrojecida,
asióla entre sus manos febril, estremecida,
y con extraño grito, su nombre al exhalar,
como con él lanzando la desgarrada vida,
sus blancas frentes juntas, cayó besando al par...

—

Al campesino inerte, sin vida se abrazaba,
enérgico un soldado que exánimes mostraba,
las pálidas facciones á la creciente luz,
y que en el pecho encima del corazón, llevaba
la ensangrentada enseña de laureada cruz...

—

Y en el tremendo encuentro que preparó la muerte,
como único sudario que le arrojó la suerte,
brillando entre la sangre del alba al arrebol,
el cuerpo de la madre sobre los dos inerte,
tiñó de rojo y gualda reapareciendo el sol...

EL VELO

EL VELO

—

I

El seno intranquilo, la voz insegura,
la faz á la reja del mueble severo,
que oculta sombrío la incierta figura
del grave vicario, benévolo cura,
ceñudo y austero.

—

Según exponía sus culpas de hinojos,
al íntimo impulso de idea angustiada,
teñida la niña de leves sonrojos,
bajando confusa los húmedos ojos,
quedó silenciosa.

—

—¿Y bien? Adelante. ¿Qué más? hija mía,
repuso del cura la voz sosegada,
con leve cadencia que á legua decía:

—¡Hermosa inocencia! ¡Feliz niñería!
¡Si todo eso es nada!

—

Y al fin, recobrando firmeza y aliento,
á tales palabras de grave dulzura,
siguió la culpable con trémulo acento:

—¡No pude vencermel... ¡Piedad!... ¡Me arrepiento!...
¡Perdón, señor cural...

—

Fijó aquél el vago mirar errabundo;
mas pronto, juzgando pueril lo que oía,
siguió con acento sereno y profundo:

—Dios todo es grandeza. Pecado es el mundo.
Prosigue, hija mía...

—

—Me quiere y... ¡le quiero!...

—Culpable no eres,
mas, ¿cómo? ¿sollozas?... Serénate! Calma!...
y el cura pensando: —¡Mujeres!... ¡Mujeres!...
siguió persuasivo: —Pues bien... Que le quieres.

—Con toda mi alma!...

—

—Ya es casi un pecado tan grande vehemencia;
Dios, antes que todo, debe ser amado;
la pasión es ciega... Templanza! Prudencia!
En fin, si él es digno, y á Dios reverencia...
amar... no es pecado.

—

—En El cree, y me dice que en hondos fervores,
le adoran á impulso de santos deberes,
fundiéndose en lazo de mutuos amores,
los astros, los mundos, los cielos, las flores,
las almas... los seres...

—

—Mas, tú...

—Al escucharlo, de extraña manera,
presiento la vida; ¡lo dice de un modo!...
¡Perdón!... Aunque nada su voz me dijera
sin frases su alma, también consiguiera
decírmelo todo...

—

—El quiso... una prueba... ¡Negué!...

—Mas...

—Lo juro!...

—Mas...

—¡Oh!...

—Se la diste...

—¡Perdón!...

—¡Malo es eso!...

¿Por qué lloras? Vamos... ¡Si ya me figuro!...

¿Recuerdos?...

—¡Oh!...

—Acaba...

—¡Piedad!

—¡De seguro!...

¿Promesas?...

—¡Un beso!...

—

Con la indefinible contracción airada
de un Moisés á vista de la res de oro,
incrédulo el cura miró á la culpada,
mientras proseguía con la voz ahogada
por convulso lloro:

—

—¡Ah! ¡Piedad! Dios sabe cómo me arrepiento.
Quiero defenderme... pero no podría!
¡oh, le quiero tanto, que en mi sangre siento,
que si como entonces me pidiera ciento...
yo se los daría!

—

Reinó larga pausa de calma angustiosa,
el cura en la sombra mirábala hundido,
y al verla tan dulce, tan débil y hermosa,
sumida en las manos la faz pudorosa
llorar sin ruido,

—

pensó que ante aquellas celestes facciones,
un hombre de barro, sin ser San Antonio,
pudiera de crimén sentir tentaciones,
y dijo entre dientes y entre reflexiones:

—¡Aquí anda el demonio!

—Horrenda caídal Con aire sombrío
buscando un remedio, siguió, sin hallarlo:

—A Dios ofendiste! mas aún en Dios fio;
¡Tan sólo hay un modo!...

—Pues bien, padre mío

¿cuál es?

—Olvidarlo!

Cerró ella los ojos; y quedo, muy quedo,
con voz indistinta de llanto impregnada,
repuso angustiosa: —¡No puedo! ¡no puedo!
¡Ya quise! y aún dijo, con íntimo miedo:

—¡Estoy condenada!

Bajó el cura el rostro. Pensando hondamente,
al arduo problema buscando una clave,
algunos momentos anduvo en su mente,
y al cabo fruncida la ascética frente
pensó: —¡Caso gravel...

—

Pasión infinita, ternura, vehemencia;
un hombre en la sombra: Satán de por medio,
inmenso peligro, ninguna prudencia...
Mas Dios vencería, que á grande dolencia
más grande remedio.

—

Luzbel profanando la flor en capullo
retábale á muerte. Sonrió un instante,
vibraron sus labios con hondo murmullo;
irguióse en la sombra con bíblico orgullo:
¡Dios era triunfante!

—

¿Quién mide el desplome de un alma que cede
de fiebre de amores al dulce progreso
que acaso al abismo la obliga á que ruede
con pura inconsciencia? ¿Quién sabe qué puede
nacer en un beso?

—

Dudar era un crimen: —¿Así desconfías
de Dios que te escucha?—le dijo sombrío—
¡su cólera teme si el yerro no expías!

—¡Oh! ¿cómo?

—Olvidando.

—¡Piedad!

—Aún porfías!...

—¿Qué hacer, padre mío?

—

Y así cual celoso pastor amparando
del lobo en acecho la oveja extraviada,
la faz sugestiva sobre ella inclinando,
fué el cura en su alma la voz deslizándose
solemne y callada:

—

¿Qué hacer? Breve cambio de amor y de vida.
Ponerse algún tiempo de Dios al amparo...
Quien bien sabe amarle de todo se olvida...
Aún puede salvarse la nave perdida,
si á tiempo ve el faro...

Buscar de otro mundo la santa influencia,
buscar el refugio de más santo asilo,
y pura en un punto de cuerpo y conciencia
gozar breve tiempo la dulce existencia
del claustro tranquilo.

Su impulso instintivo de cierva alarmada
á poco en reposo trocarse sintiendo,
suspensa primero, después subyugada,
siguió la culpable la voz inspirada
atónita oyendo.

Y en luz de esperanza bañado el semblante
á un tiempo gozosa, confusa y repuesta,
cual náufrago viendo la playa delante,
llenó de descansos su pecho anhelante
la santa propuesta.

Lanzó en un suspiro su duelo pasado,
bendíjola el cura con súbita calma
y dijo entre dientes, solemne y pausado:
—De Dios la victoria... ¡Por fin he salvado
su cuerpo y su alma!...

II

Tras las dobles rejas del sagrado asilo,
con la indefinible vaguedad de un sueño,
aspiró la hermosa, dulce penitente,
la suprema calma del callado encierro.

¡Qué quietud augusta la de aquel recinto!
¡Qué grandeza santa la de aquel misterio!
Todo allí pureza, placidez y dicha,
todo paz y olvido; todo fe y silencio.

Los claustros sonoros, desiertos y amplios,
aislados del mundo por muros y hierros;
las santas esposas, visiones celestes,
de pálidos rostros y dulces acentos.

La luz indistinta que en torno flotaba,
filtrando su tibio rosado destello,
por altas ojivas de vidrios pintados,
en un indeciso crepúsculo eterno.

Los vagos rumores de trinos y hojas
que al viento dictaba la fronda del huerto,
en bóveda inquieta la arcada escudando
á luz y miradas, sonidos y ecos.

El canto del coro, monótono y débil,
cual voces de arcángel sonando á lo lejos...
naciendo celestes del órgano opaco,
entre un armonioso metálico trueno.

Los ecos alegres que al aire lanzaban
de la alta campana las fauces de hierro;
el templo callado de bóveda oscura,
penumbras de aurora, fragancias de incienso.

El coro invadido de luz de la nave
que tibia bañaba sus muebles de cedro,
brillando en las barras del doble enrejado
que el santo refugio cortaba del templo.

El Cristo del coro, grandioso en su muerte,
la hermosa cabeza doblando en el pecho,
y abriendo expirante los pálidos labios
en una sonrisa de perdón supremo.

¡Oh! todo llenaba su sér conmovido
de paz no sentida, de extraños consuelos:
¡feliz existencia! del ámbito santo,
debía volarse soñándolo al cielo...

Tan sólo anublaba su apacible dicha
con negruras vagas, el remordimiento.
Su virtud, ¡qué frágil! Su culpa, ¡qué enorme!
así el sacerdote pensábalo al menos.

Y haciendo memoria de aquel rostro adusto,
de aquel inspirado beatífico acento,
creyente caía postrada ante el Cristo,
el rezo en los labios, la esperanza al pecho.

Pero ya tranquila, cuando la plegaria,
como el sol las brumas borraba el recuerdo:
—¡Aún puedo ser buena!...—con fe sonriente
solía decirse—: ¡Si ya no le quiero!

—



Hay algo en las almas, que mirar les hace
tristes ó amorosas, lúgubre ó risueño
lo que en torno existe, cual si en ello hallaran
reverberaciones de un fulgor interno.

Tal, en el asombro del que adormecido
la mirada abriese sobre mundos nuevos,
ante aquél abriendo su alma fervorosa,
la culpable oraba, sin medir el tiempo.

Sólo la memoria del hogar riente,
disipaba á veces el deslumbramiento;
mas, la voz amante del materno labio,
alentó el impulso dominando el duelo.

Y el acento grave del anciano cura,
la piadosa obra completando austero,
fomentó constante, con afán de avaro,
la semilla santa que arrojó en su pecho.

«¡Era una ventura para aquella madre
de su sangre propia dar una hija al cielo!
¿Qué mejor destino para el sér humano?
¿Qué mejor ofrenda para el Sér excelso?»

Y ante aquel encanto misterioso y puro,
atracción suprema del divino centro,
que impregnaba en torno de ascetismo extraño
aire, seres, cosas, vida, pensamiento.

En aquel ambiente de inefable dicha,
lleno de vislumbres de algo más supremo;
en aquella vida de éxtasis divinos,
llena de esperanzas de éxtasis eternos.

Siempre oyendo el eco de sagradas frases,
siempre al mudo influjo del lugar y el tiempo,
sólo pura y santa vió tal existencia,
sólo santo y puro su camino viendo.

Invadió algo augusto su ánimo, y llenando
su alma deslumbrada de estremecimientos,
en el pecho virgen palpité triunfante
el amor divino del amor terreno.

Y escuchando un día la final propuesta,
con las bellas manos juntas sobre el pecho,
viendo en lo invisible ráfagas de gloria,
con sumiso labio murmuró: —¡Yo quiero!...

*
* *

Pendían los paños de la alta cornisa
vistiendo de gala los muros del templo,
allá en cuyo fondo temblaban las luces,
y en pálidas ondas subía el incienso.

Vibraba argentina la aguda campana
al aire lanzando sus rítmicos dejos
y al coro asomarse, por altas ojivas,
fingían los mudos cipreses del huerto.

Al fondo de aquéllas, de un día riente,
como una esperanza veíase el cielo,
y el sol, en los vidrios deshecho en colores,
bañaba en el iris los muros fronteros.

Del órgano grave la voz quejumbrosa
vertía inspirada sus plácidos ecos,
y el canto argentino de místicas voces,
fundía a sus notas celestes acentos.

Del ancho retablo las áureas molduras
tejidas de flores, al vivo destello
de velas y cirios mostraban fugaces
regueros de oro, temblores de incendio.

Y allá entre la bruma del bíblico aroma
á Dios los amores de un alma ofreciendo,
bajando el ministro la frente ante el ara,
unidas alzaba las manos al cielo.

Del coro en el centro, tendida en el mármol,
asida la palma, la cruz sobre el pecho,
hermosa é inmóvil, velados los ojos
por puras nostalgias de espacios excelsos.

Del largo cabello cortadas las trenzas,
las manos inertes cruzando en el seno,
cubierta de flores, oía una monja
la lenta y sombría canción de los muertos...

Al término augusto del acto solemne,
tras barras y rejas fantásticos viendo
los quietos contornos de inmóviles sombras,
con sordo murmullo postrábase el pueblo.

Clamó la campana; tronó opaco el órgano;
en ondas más densas alzóse el incienso,
y el canto argentino cesó vagamente,
con ecos de queja, suspiro y lamento.

Salieron las gentes; giraron las verjas,
con largo gemido juntáronse luego;
los hierros el paso por siempre cerraron,
y el ámbito obscuro quedóse en silencio.

—

III

Tres veces el viento, secas ya las hojas,
las frondosas ramas desnudado había
del jardín callado,
y en el puro asombro que ia adormecía
aún la penitente, sueño ser creía
todo lo pasado.

—

Sólo de Dios eral... Para siempre suya!...
Era aquel su mundo; suyo aquel ambiente
de insondable calma,
donde hablaba todo silenciosamente
de otra vida al cuerpo débil y doliente,
de otro mundo al alma...

—

La quietud eterna de los claustros mudos,
de la cual surgían entre el turbio manto
de penumbras densas,
el gemir de un rezo ó el llorar de un canto,
dando vibraciones al recinto santo
lúgubres y extensas.

—

La tranquila celda reducida y blanca:
el azul del cielo tras la celosía;
el altar rosado,
el humilde lecho donde moriría,
que la excelsa efigie dulce protegía
de un Crucificado.

—

El sayal obscuro, que en informes pliegues
del esbelto cuerpo la expresión borraba,
la flotante toca,

el breviario santo que sin voz le hablaba,
cuyas frases puras al orar sellaba
la purpúrea boca...

—

El escapulario que la amada madre
de su alegre infancia talismán sagrado
rodeó á su cuello;
la alta cruz de bronce fija del costado,
oscilando al paso rítmico y pausado,
con fugaz destello.

—

Todo le infundía santidades hondas,
sobrecogimientos de algo más grandioso
que su ser contrito,
su ánimo invadiendo del pavor dudoso
de átomo que cruza, mudo y tembloroso,
frente á lo infinito.

—

Mas si algún recuerdo de mundana idea,
de culpables dudas al ensueño daba
tinte pasajero,
con protesta dulce la mirada alzando,
al rezar, sus labios iban murmurando:
—¡ Oh, no!... no le quiero!...

—

Y en olvido lento del humano abismo
del amor celeste confortada y llena,
ya á todo insensible,
pasó de las horas la eterna cadena,
midiendo la vida con marcha serena
de ritmo impasible.

—



Llegaron más tibias, más puras las auras,
estela fragante de esencia de flores
dejando en su vuelo;
tenía la aurora más limpios colores,
más fuego la tarde, la luz más fulgores,
más luces el cielo...

—

Ya apenas visible, la noche serena
al pie de las tapias su encaje argentado
de escarcha tendía,

y leve el rocío del alba llorado,
temblaba en las hojas en polvo irisado
que el sol deshacía.

—

Del árbol escueto los brazos desnudos
de savia exudantes, cubríanse lentos
de verde follaje,
y en él más suaves y gratos acentos,
pasando tenían los plácidos vientos
meciendo el ramaje.

—

A impulso de un « fiat » supremo y oculto,
en la húmeda tierra de nuevos colores
en torno vestida,
cual himno de aves, de brisas y flores,
en brotes y aromas y luz y rumores,
surgía la vida.

—

Tenían las noches quietud más solemne,
tranquila grandeza que el ansia inspiraba
de ocultos anhelos,
y el tul de los astros que en luz se engarzaba,
tendido en lo inmenso, sin fin se ensanchaba
brillando en los cielos.

—

Con más dulce encanto viniendo dudosa,
fijando los vagos contornos dormidos
riente y callada,
rumores alzando de brisas y nidos,
llenaba el espacio de luz y ruidos
la lenta alborada.

—

Reían las fuentes, había en las hojas
latidos de vida, murmullos, gorjeos,
de intensa dulzura,

coloquios de trinos, temblor de aleteos,
que al alma llevaban fecundos deseos
de amor y ventura.

—

Y á tal despertarse del día lucente,
en oro tejiendo la fronda dormida
que el viento besaba,
por sobre sus copas la esfera encendida,
el sol como numen creador de la vida
magnífico alzaba.

—



Flotaba en los aires un algo infinito,
corriente invisible de paz y dulzura,
de luz y alegría,
frescura más grata, fragancia más pura,
efluvios celestes de sueño y ventura,
de amor y poesía.

—

Filtrando entre ramas sus rayos primeros
al plácido arribo de cada mañana,
el sol tibio y puro,

tras alto enrejado de oculta ventana,
un cuerpo envolviendo, gentil sombra humana
lanzaba en un muro.

—

Allí, cada aurora con éxtasis nuevo,
que en honda dulzura jamás presentida
la hacía embriagarse,
en íntimos sueños la virgen hundida,
el cuadro esplendente de luz y de vida
miraba agrandarse.

—

¡Oh, cuánta adorada nostálgica escena
el beso del alba llegando á su frente
bajo ella evocabal

¡Oh, cómo en pos de ellas, lanzada la mente,
del tiempo pasado llenando el presente,
despierta soñabal

—

.....
.....

Aquel otro parque de vasto edificio,
en que ella, la niña, corriendo reía
con dulce inconsciencia,
juzgando que en pura y eterna alegría,
reír aun sin móvil, el móvil sería
de toda existencia.

—

Los campos vestidos de césped sedoso;
en torno espesuras tejidas de flores,
fragancias, aromas,
murmillos de aguas, gorjeos, rumores...,
y, lejos, reposo, tranquilos verdores
de valles y lomas.

—

La tarde envolviendo con tenues celajes
el disco inflamado de un sol que moría
tras cárdenos tules,
y allá, adormeciendo la gris lejanía,
un cielo sin fondo, silencio, poesía,
montañas azules...

—

Misterio infinito del amplio paisaje,
en torno inundado de extraños albores
que en su alma apuntaban;
ensueños de niña latiendo en amores,
de príncipes bellos ó nobles señores
que nunca llegaban.

—

Y al cabo, el encuentro buscado y frecuente,
aquel que á su vida dió forma mas nueva
albor indeciso

de un mundo que nace del alma de Eva
y al camino humano de tinieblas lleva
luz de paraíso.

—

Las vagas zozobras, los tiernos pudores,
las trémulas frases en ondas llevadas
de música agreste,
que brisas y hojas lanzaban mezcladas,
haciendo en sus notas pasar oleadas
de un soplo celeste.

—

La noche envolviendo la calle desierta
la reja en sus sombras de flores tejida,
de ramas velada,
la frase incoherente, la mano atraída
haciéndola inerte, sin lucha vencida
gemir desmayada.

—

Al par que en su alma vibrando un acento
feliz le decía con hondos pudores,
que en santos deberes,
se funden en lazo de eternos amores
los astros, los mundos, los cielos, las flores,
las almas, los seres...

.....

.....



IV

Volaba algo en torno radiante y fecundo,
mandato supremo de Dios emanado,
sin voz difundido,
y haciéndola oírlo, cuanto era creado,
un himno sin notas jamás escuchado
cantaba á su oído.

—

Cadencias sin ritmo, baladas sin frases
por seres y cosas sin fin repetidas
del viento en la calma,

haciendo de extraños anhelos movidas
cual de arpas eolias vibrar conmovidas
las fibras del alma.

—

¡Qué dulces los ecos de aquel idioma
que en ansia ignorada, medrosa é intensa,
dejábala hundida!

¡Qué hermosa la estrofa latente é inmensa
de amor sonriente, que á su alma suspensa
cantaba la vial...

—

Tenía mas ansias su pecho intranquilo
más fuego su sangre que el soplo oreaba
de un aura creadora;
mujer ya sentía, si niña aún soñaba,
y un algo supremo su ser inundaba
con dudas de aurora.

—

Y al grato recuerdo del tiempo pasado,
de frente á aquel mundo de austeras venturas,
de santos fervores,
sed honda sentía de ardientes dulzuras,
culpables anhelos de antiguas ternuras,
de muertos amores...

—

Vislumbres de un cielo que flota en la tierra
y en soplo divino de dicha infinita
las almas inflama;
que á unirse en un beso creador las incita
y en donde la inerte materia palpita,
se busca... se ama...

—



Del mundo viviente llegando á sus ojos,
á hundirse en el huerto volando venían
en bando agitado,
ligeras palomas que al sol precedían,
y á cita diaria de amor acudían
del nido ignorado.



Cual seres amigos, allí cada aurora,
apenas el día de luces inciertas
teñía sus galas,
venir las veía veloces y ciertas,
tendiendo al callado jardín, las abiertas
inmóviles alas.



latidos sin causa de dicha ó de anhelo,
congojas sin llanto, tristezas sin duelo,
ternuras sin móvil.

—

Y absorta dudando, si claustros y naves,
ó espacios y cielos, de un Dios reflejaban
la ley bendecida,
los ecos, las luces que aquéllos llenaban,
radiantes creía que el fin les mostraban
impuesto á la vida.

—

Y un día abismada las aves mirando
buscar de las sombras del huerto frondoso
los senos espesos,
al pie del arcángel, con pasmo medroso,
vió unirse dos de ellas en dúo gozoso
de arrullos y besos...

—

Reía la vida con tenues rumores
de brisas y hojas; el sol que cruzaba
 luciente el ramaje,
con rayo risueño que el nido alcanzaba,
en muda caricia de luz, irisaba
 su terso plumaje.

—

Y el ángel que inmóvil pacífico asilo
les daba á sus plantas que agreste cubría
 de ramos la yedra,
en tanto que al cielo sus ojos volvía,
excelso y riente sobre ellas tendía
 los brazos de piedra.

—



¡Qué ciega la duda, qué intenso el espanto
de aquel que las flores mirando del suelo
presiente el abismo;
de aquel que á sí propio teniendo recelo,
sintiera el extraño é indócil anhelo
de huir de sí mismo!

—

Así en hondas dudas, el himno viviente
que su alma llenaba de mágico encanto
creyendo delito,

sintió en las arterias recóndito espanto,
cual si ecos oyese del réprobo canto
de un ángel maldito.

—

Huyó; y con las manos el rostro cubierto,
al pie de la imagen serena y hermosa
del Cristo del coro,
mirar aún creía la escena amorosa,
que el sol envolvía con red luminosa
de rayos de oro...

.....

—

Pasó lento el tiempo. Ya en la alta ventana
no hallaron su frente las luces del día,
que oculta en el velo,

doliente en la sombra doblándose, huía
el punto en que un beso de luz confundía
la tierra y el cielo.

—

Y sola, postrada del coro en la nave,
turbando un recuerdo su ardiente ascetismo,
sin fuerza ni acento,
oraba en la sombra, sondando el abismo,
en vano intentando vencer á su mismo
traidor pensamiento.

—

Y cuando la noche su velo impalpable
tendía en el viento, las formas borrando
del claustro medroso,
su celda en lo obscuro doliente buscando,
en vano en sus senos oraba, anhelando
consuelo y reposo.

—

Que viendo una imagen allá en su memoria
envuelta en fulgores de dicha perdida,
reía ó lloraba,
sintiendo en su pecho la sed escondida
de dar á otros seres la parte de vida
que en ella sobraba.

Y un día, de hinojos, con duelo inmutable
la ayuda celeste transida invocando
del Cristo del coro,
los pies de la efigie llorosa besando,
absortos sus ojos y seco quedando
de espanto su lloro,

sin voz, cual tocada de un rayo sintiendo
de frente á la santa gigante escultura
terrores sin nombre,

mirando su triste y excelsa amargura,
tembló ante la humana suprema hermosura
del Dios hecho hombre.

—

Vibraron los ecos del ámbito santo
al súbito acento de agónico grito,
y huyendo sin vida,
sintiendo en la sangre pavor de precito,
hundióse en su celda y en llanto infinito
rindióse vencida.

V

Hay algo en las almas que mirar les hace
tristes ó dichosas, plácido ó siniestro
lo que en torno vive, cual si en ello viesan
reverberaciones de un fulgor interno.

Tal, vuelta á la vida, vió la penitente
la mansión obscura del vasto convento,
sepulcro callado que viva la ahogaba,
sin forma de auxilio de tierra ni cielo.

Y hundida en sus sombras, oyó fuera el himno
que alzaba la vida cual coro de besos,
así cual si viva sintiera enterrada
la tierra fecunda rodar sobre el féretro.

Los ámbitos mudos, sombríos y opacos,
callados por siempre, por siempre desiertos;
las santas esposas, celestes visiones,
de faz de cadáver y paso de espectro.

La luz misteriosa filtrada en los vidrios
en un angustioso crepúsculo eterno;
la inmensa tristeza que en torno flotaba,
aquel mortuorio constante silencio.

Las trémulas luces; los santos hundidos
de sus hornacinas en los turbios senos;
los lívidos cráneos mirando en la sombra
con las negras cuencas de sus ojos huecos.

Las losas de mármol cubriendo las tumbas,
surcadas de líneas, de cruces de huesos,
cubiertas de signos, de frases horrendas,
guardando el reposo de los esqueletos.

Los cuadros opacos, de formas sin forma,
siluetas horribles, esbozos siniestros,
mezclando en lo informe, tinieblas de caos,
penumbras de aurora, fulgores de infierno.

El gran crucifijo, solemne y hermoso,
y siempre espirante clavado al madero;
la vaga cadencia de fúnebre salmo
que lentos y graves tenían los rezos.

El templo sombrío de arcada medrosa,
quietudes de tumba, contornos de féretro;
oscuro y sonoro como un subterráneo,
callado é inerte como un cementerio.

Los vientos nocturnos silbando en la torre
con un prolongado, tristísimo acento;
los ecos dolientes de la alta campana
con ritmo incansable de doble de muerto.

¡Oh! todo agobiaba su sér tembloroso,
llenando su débil espíritu enfermo,
de anhelos de vida, de dudas de muerte,
de impulsos de fuga, de horrores supremos.

Y siempre de hinojos sobre el mármol puesta
y en las dobles barras del cruzado hierro,
que con ambos brazos hacia sí ceñía,
desmayado el puro palpitante seno.

En posibles cielos la esperanza fija,
en culpables mundos fijo el pensamiento,
y en las luces vagas del altar lejano
los velados ojos sin mirada puestos,

mientras las sagradas místicas esposas,
en plegaria muda viéndola de lejos,
uno y otro instante, su fervor hallaban,
como de elegida que vislumbra el cielo,

ella, entre sollozos de apagado llanto,
en las densas rejas reclinando el pecho,
como quien la muerte detener no puede,
dulce sombra humana con la mente viendo,

vacilante un día, sin valor ni fuerza,
como apura el mártir el dolor postrero,
confesión horrenda que vibró en su alma,
rígido en el mármol desplomó su cuerpo...

.....

*
* *

El seno en reposo, la voz estinguida
exangüe la mano pendiente del lecho,
que envuelven dudosas las tintas de un alba
que tras los ramajes iba amaneciendo...

Del ángulo en sombra surgiendo ondulado
del cuerpo el contorno süave y esbelto;
la faz hacia el claro de la alta ventana
que cruza sus rejas en fondo de cielo...

Al cura que inmóvil oía á su lado
la frente sombría doblando hacia el pecho,
hablaba una monja con eco indistinto,
mezclando incoherente memorias y sueños.

«Estaba vencida!... Su fuerza agotada,
seguir animando no pudo su cuerpo...
Luchar era inútil!... Su fe sollozante
no pudo su alma seguir sosteniendo...

Llegaba el castigo... ¡Piedad! En su mente
ya en vano intentaba matar el recuerdo...
Radiante vencía y en su alma culpable,
vertía al perderla celestes reflejos...

Luchar era inútil!... En vano intentaba
cerrar sus oídos á un soñado acento
si el suyo entre preces ahogarlo quería,
más hondo le hallaba de sí misma dentro.

Y ya sin defensa, feliz y culpable,
lo oía... lo oía decir en su pecho,
que el rumbo ocultando marcado á la vida,
de sombra en sus ojos la fe puso un velo.

¡Oh! sí, deliraba... Mas aún creía oírle
que á Dios fervorosas llevando en sus senos,
dos almas unidas, mejor aún le aman,
su humano destino serenas siguiendo;

y en puros deliquios de vida creadora,
fundiéndose en lazo de amores eternos,
su ley santa cumplen, los astros, las flores,
las almas, los seres... los mundos... los cielos!...

—¡Ten fe!—gimió el cura.

—¡Piedad! Dios lo sabe.

En vano le llamo... Tan sólo otro acento
culpable y amado responde á mi angustia.

—¡Espera!... ¡Resistel!...

—¡No puedo!... ¡No puedo!...

Su fuerza extinguida cedió suavemente,
sus ojos cansados cerráronse lentos,
y en breve suspiro de ansiado reposo,
con vaga sonrisa sus labios se abrieron...

—¡Confía! ¡Confía!... con voz insegura
de acento angustiado, se oyó en el silencio,
y un eco indeciso de voz suspirante,
gimió dulcemente: —¡Le quiero!... ¡Le quiero!...

—



.....

Pendían los paños de la alta cornisa
en torno enlutando los muros del templo,
allá en cuyo fondo, trazaban las luces
los hilos de oro de un llanto de fuego.

Plañía en los aires la lenta campana
lanzando al espacio su agudo lamento,
midiendo en sus libres serenas regiones,
el ritmo pausado del toque de muerto.

Por altas ojivas, de un día riente,
como una esperanza veíase el cielo,
y al templo asomarse fingían tras ellas
los tristes y mudos cipreses del huerto.

Del órgano opaco la voz dolorida
lanzaba sus ayes dolientes y huecos,
y el canto celeste de angélicas voces
fundía en sus notas llorosos acentos.

Llenaba los pechos oculta agonía,
y en torno algo extraño, latente é intenso,
con muda congoja de ahogado sollozo,
el templo inundaba flotando en el viento.

Al término triste del fúnebre salmo,
tras barras y rejas fantásticos viendo
los negros contornos de inmóviles sombras,
con sordo murmullo postrábase el pueblo.

Lanzó la campana sus últimos sonos,
las sombras vivientes alzaron un féretro,
y el lúgubre canto cesó vagamente
con ecos de queja, gemido y lamento...

Salieron las gentes con lento desfile;
giraron las verjas... juntáronse luego;
el paso los hierros por siempre cerraron
y el ámbito obscuro quedóse en silencio.

OBRAS SON AMORES...

OBRAS SON AMORES...

—

—CAMPESINA—

I

El tal Blasillo vale un tesoro;
mucho alegría, poca aprensión,
puños de hierro, pico de oro,
mala cabeza, buen corazón.

Lo mismo echaba ternos que flores
y daba un golpe que un dineral;
con la guitarra todo primores,
todo en el canto malicia y sal.

Tuvo una novia cada semana,
y una contienda por cada amor,
y ya en la calle, ya en la ventana,
siempre, hasta entonces, fué vencedor.

Con los vencidos siempre apiadado;
con sus conquistas siempre cruel,
que ni el cariño más acendrado
de una semana pasaba en él.

Por tantos lances de lid ó amores,
y aquella fama de temerón,
del tal Blasillo, decían horrores
las gentes graves del lugarón.

—

II

¡Era un asombro!... ¡Blasillo serio,
callado y grave y hasta formall..
¡Sin duda alguna que había misterio!...
¡misterio grande y excepcional!...

Del lance viendo lo extraordinario,
y aquel problema por resolver,
cada cual hizo su comentario,
diciendo todos: —¿Qué podrá ser!...

Y atando cabos, fuese sabiendo
que, en ciertas bodas, estuvo Blas
á cierta chica la corte haciendo,
como solía de tiempo atrás...

También se supo, siguiendo el hilo,
que nada pudo lograr de Inés,
y que, aunque estaba tierno y tranquilo,
quiso á su novio buscar después...

Súpose luego, con más trabajo,
de lo que hablaron; y alguien juró,
que se dijeron, bajo, muy bajo,
ya al separarse:

—¿Me quieres?

—No.

—

III

Cesó el asombro, que por las trazas
era el motivo patente ya:

«Le han abrumado las calabazas».

«¡Y las primeras! Bien claro está».

«¡Alzar los ojos á una doncella
de esa hermosura, de esa virtud!

¡Lo merecía! ¡Bien hizo ella!

¡Así se arregla la juventud!»

Y él, era otro... ¡qué distraído!
no le volvieron á ver reír!
¡El, tan alegre, tan aturdido!
¡qué poco hombre para sufrirl...

Mas ya aquel cambio no era misterio:
«Le habían dolido.» La misma Inés,
pensaba al verle callado y serio:
—Todo es orgullo... ¡Por mí no es!

Y cierta tarde, junto á la fuente,
la misma escena se repitió,
él conmovido y ella inclemente,
dijeron quedo:

—¿Me quieres?

—No.

IV

Al oír su suerte: —¡Qué afortunado!
varios dijeron—. ¡Tú no vendrás!
y al tiempo mismo: —¡No soy soldado!
pensó bajando los ojos Blas.

En cambio el novio, como al que aterra
golpe de muerte, perdió el color;
¡iba al servicio!... ¡quizá á la guerra!
¡Adiós familia, y hogar y amor!

De pronto el mozo quedó perplejo
á su oído oyendo decir así:
—¡Tú tienes madre; tu padre es viejo;
les haces falta! ¡Yo iré por tí!

Volvióse absorto, como el que duda
de hallar aquello que anhela más,
y con firmeza nerviosa y muda,
crispó en su mano la suya Blas.

Cuando salieron lloraba el mozo,
¡oh, qué fortuna! ¡qué amigo aquél!...
Vió á Inés de lejos, corrió... ¡qué gozo
cuando le dijo que no iba él!...

Más tarde el grupo de reclutados
entró en la calle reunido ya,
é Inés, con ojos algo empañados,
miró pensando: —¡También él va!...

Vió Blas la dulce figura aquella;
vió su mirada; se le acercó,
y él tembloroso, llorando ella,
balbucearon:

—¿Me quieres?

—¡No!...

V

Cuando se supo cómo á la guerra,
sin ser su suerte, marchaba Blas,
—¡Qué aventurerol! ¡Querrá ver tierra!,
se dijo, y nadie de ello habló más.

Cuando á la noche lo sucedido
Inés al novio contar oyó,
y aquella frase dicha á su oído,
como una muerta palideció.

¡Qué mala estuvo! ¡Qué triste estaba!...
«Las calenturas dejan así»...
El mismo novio balbuceaba:
—¡Si ni siquiera me atiende á mí!

Y aun yendo á verla sin faltar día,
durante toda su enfermedad,
no la sacaba, por más que hacía,
de su desvío, de su frialdad...

Al fin un día, ya estando buena,
sin más rodeos de ello le habló;
y él despechado y ella serena,
así acabaron:

—Me quieres?

—No.

—

VI

Pasaba el tiempo; pronto hizo un año,
y cada día más triste Inés;
curó su novío del desengaño,
mas otro serlo quiso después.

Era buen chico y era buen mozo;
sirvió unos años en Ultramar,
y rebosando contento y gozo,
con su licencia volvió al hogar.

Mas le salía muy mal la cuenta;
¡qué indiferencia! ¡qué rostro aquel!
Sólo escuchaba muda y atenta,
si de la guerra le hablaba él.

Y, al verla fija, de allá le hablaba;
del regimiento; de tanto más...
de los amigos que allí dejaba;
de Juan, de Pedro, de Andrés, de Blas...

Blas sobre todo... ¡le habían herido!
¡Si era un valiente! ¡Ganó una cruz!...
y ¡qué rareza! siempre abatido,
y como huyendo de ver la luz...

Allí ninguno le comprendía:
tras un combate, decir le oyó,
cuando á los muertos se recogía:
—¡Hasta las balas dicen que no!—

Charlaba el joven por largo rato,
y ella, pugnando por no llorar,
pálida oía todo el relato,
sin preguntarle, sin alentar...

Y cuando el mozo de amor le hablaba,
ya que propicia verla creyó
por lo anhelante que le escuchaba,
¡siempre lo mismo!...

—Me quieres?

—No...

Charlaba el joven por largo rato.
 y ella, pugnando por no llorar,
 pálida oía todo el relato,
 sin preguntarle, sin alentar...

Y cuando el mozo de amor le hablaba,
 ya que propicia verla creyó
 por lo anhelante que le escuchaba,
 siempre lo mismo!

—Me quieres?

A poco trecho de lo poblado,
 hay á la entrada de aquel lugar,
 cuatro paredes bajo un techado,
 y un crucifijo sobre un altar.

Varias reliquias de vieja plata,
 fijas al muro rodean la cruz,
 y un farolillo que un cabo ata,
 pugna de noche por darle luz.

Era una vieja quien lo encendía,
pero tan vieja que al fin murió,
y cierta joven, que así cumplía
santa promesa, la reemplazó.

Todas las tardes cuando hasta el monte
ya el sol declina, la ven allí,
fijos los ojos al horizonte
cual si despierta soñara así.

Quando del cielo deja que bajen
mudas las sombras, oculto el sol,
la ven rezando frente á la imagen
que alumbra el pobre turbio farol.

Con un oculto presentimiento,
hacia la imagen se adelantó,
después... dos gritos de igual acento
aquel solemne silencio ahogó.



Pasaba el tiempo con rumbo vario;
cuando una tarde, corriendo aquél,
paróse un hombre junto al santuario,
quedando fijo delante de él.

A orar llegando, creyó haber visto
confusamente, desde el umbral,
un cuerpo inmóvil al pie del Cristo,
con el aspecto de una vestal.

Con un oculto presentimiento,
hacia la imagen adelantó,
después... dos gritos de igual acento
aquel solemne silencio ahogó.

Y al pie del Cristo, que parecía,
según temblaba la turbia luz,
que estremecido los bendecía,
los santos brazos abriendo en cruz...

Juntos en grupo de hermosos trazos,
y con transporte, con frenesí...
él tembloroso y ella en sus brazos,
balbucearon:

—¿Me quieres?

—¡Sí!

—

DERECHOS RESERVADOS

INDICE

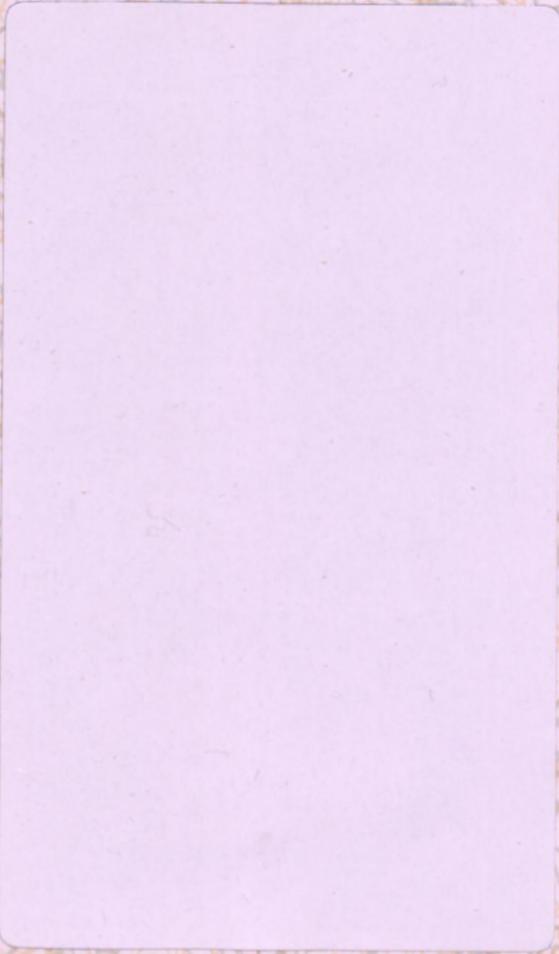
	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	7
CONFIDENCIA.....	17
LA CITA.....	27
EL REGRESO.....	47
MISERABLES.....	65
EL ENCUENTRO.....	101
EL VELO.....	121
OBRAS SON AMORES.....	181

DERECHOS RESERVADOS

DEL AUTOR

NOSTÁLGICAS

POESÍAS



Encuadernador



ANTONIO MARQUINA

Aruguosa 90006

C/ram Via 11
Tel. 93 07 00

